

Para una Sociología de la Indeterminación Humana

Por Roberto Fabregat CUNEO. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

FUE Guillermo Dilthey —cuya boga en estos momentos obedece a muy profundas razones— el pensador que enrostró, al fin, aquel hecho formidable que tantos habían temido y soslayado: *Entre el conocimiento histórico, que nos hace percibir la infinita variedad de los sistemas filosóficos, y la pretensión que tiene cada uno de estos de haber encontrado una verdad válida para todos, hay una contradicción que impresiona más que cualquier refutación de orden puramente lógico y que parece dar razón al escéptico. Los sistemas forman un caos cuyos límites nadie podría percibir...*

Este hecho había sido vislumbrado reiteradamente antaño; en todas las épocas de compilación, hacia los finales de todas las culturas, la discordancia e incesante suplantación de las creencias y los sistemas habían servido de fermento a la duda y a la consecuente aparición de escuelas escépticas, sensualistas y relativistas. Aquí y allá historiadores de todos los siglos le acusaron vagamente. Pero sólo en el siglo XIX, sólo después de organizarse rigurosamente las ciencias históricas, y de jerarquizarse a fondo la crítica filosófica, pudo aparecer en toda su multitudinaria amplitud. Y, lo que es más, sólo entonces esa contradicción pudo ofrecer al filósofo *un sentido*; constituirse a su vez en objeto de filosofía; en el más importante de los objetos de la filosofía y la historia.

Por esa misma abundancia de material histórico, ese siglo XIX había sido pródigo en empresas de diverso sentido. Apenas organizadas las disciplinas históricas y conectados los cuadros de las diversas edades, queda acusado el progreso ante los deslumbrados ojos del investigador. Los hom-

bres han tenido la enciclopedia y tendrán la ilustración. Filósofos y sociólogos emprenden la pesquisa de principios que resuelvan los conflictos históricos; de leyes que rijan la marcha de las culturas, y de fórmulas concretas que encierren el contradictorio devenir de sus fenómenos. Las más grandiosas construcciones dialécticas aparecen entonces. Surgen los teóricos universalizantes. Es el grande y típico momento de Comte, Hegel y Marx. El primero reduce todos los tiempos humanos a los anillos férreos de sus tres edades. Hegel y Marx resultan algo así como el Platón y el Aristóteles de esta empresa global, acaso un poco maniática. Para el uno, la Historia transcurre y se realiza racionalmente; para el otro va hilvanando inexorables etapas de expresión económica, tan fatalmente prescritas como los eclipses o las mareas.

Después de este auge dialéctico, concluyente, exclusivista y totalizador, el espíritu humano comienza a detenerse, a retroceder. Aparece una vez más la autocrítica, la desconfianza del pensamiento respecto a sí mismo. Va siendo difícil sentirse satisfecho de los razonamientos, implacable en las conclusiones. Aún un sistema de tipo universalista como el de Spencer, parece jactarse ante la masa de hechos y los problemas del instrumental, y está lejos de ofrecer el aspecto tajante, terminante, de aquellos que le precedieron a tan corta distancia.

En tal momento parecerían oírse los pasos de Dilthey que llega. Y es así; pero Dilthey permanecerá desconocido durante toda su vida; su influencia no se extenderá sino sobre un círculo muy limitado de discípulos e íntimos. Son, sin embargo, sus grandes cuestiones, su angustia ante el "campo en ruinas" de la filosofía, las que trepan al asalto por todas las murallas a la vez. Porque es algo que sobreviene en la madurez de un ambiente.

Ya la historia comparada de las religiones ha puesto en peligro la fe. Una desconfianza similar atenace pronto a las escuelas de arte. La sociología misma abdica de las rotundas tesis de la generación anterior: "Dadme la geografía de un país y os diré su moral y sus ideas" —"El totemismo y el cristianismo son hechos meramente económicos"— "La raza determina la historia", etc., etc. Ahora las doctrinas se pulen, se concilian, admiten la contraparte.

Es la historia, la comparación de épocas y de pensamientos, que se abre paso. El brusco estirón de los tiempos, el examen de las imágenes pretéritas, desquicia las seguridades y hace dudar de las conclusiones. La

confianza e ingenuidad de las épocas de aislamiento cultural se imposibilita ahora que el hombre es historiador desde la escuela primaria.

Los grandes sistemas todavía serán posibles ¡pero a qué precio! Hacia 1917 surge el más ruidoso de ellos para pregonar la declinación de Occidente. Está sobresaltado de ese hecho: la multiplicidad de las culturas, la pretensión exclusivista de cada una. Es una historia de historias; un registro de entelequias pretéritas que vivieron sólo para morir. Sistema opulento, henchido de lozanía verbal, flexible y mimética, lleno de profundos recursos expositivos, pareció sobrar de lejos todos los anteriores. Agradable en su iconoclastia, sorprendente en sus conclusiones, nos mostraba nada menos que el pulso y la esencia de la historia a través de los siglos todos. Cada mil años, una pleamar del espíritu traía a un pueblo a las cimas de la cultura, y un inexorable menguante deshacía con sus tempestades a otros pueblos que habían vivido ya su época. Así la historia aparecía, en última instancia, como un concierto de edades vitales que los pueblos cumplían sin disyuntiva. Los cielos del tiempo nos mostraban jóvenes estrellas blanquecinas, trémulas “novas” afloradas en Egipto, Arabia o Yucatán, y moribundos soles rojizos que de pronto se despedazaban en un choque.

Nunca se vió la filosofía de la historia pasar a tanta velocidad ante los ojos asombrados de una generación, para llegar a conclusión tan tremenda: la historia no tiene sentido. Es el más desesperado y el más desesperante de los sistemas: ante él, las culturas son simplemente un vaivén sobre el vacío. Incluso se diría que Spengler, convencido del destino de Occidente, quiso facilitarle el tóxico que abreviara su agonía.

II

Así, el extracto de la experiencia histórica, llegó a plantear al filósofo la renuncia al conocimiento en definitiva; sólo hay concepciones del mundo que pasan, visiones personales que no tendrán término jamás.

Para el hombre corriente, el hombre de cultura, surgió también—muy a pesar suyo casi siempre— del duro planteo de análogas reflexiones en lo que respecta a doctrinas e ideologías, a todo aquello que puede ser objeto de fervor y de afán proselitista. De la más elemental lectura surge con cruda certidumbre que el caudal de sistemas, ideas, aceptaciones, y doctrinas, es cambiante, pasajero, fluídico; jamás se le podrá detener ni mucho menos dar por concluído. Mientras se rotuló el fenómeno bajo las

designaciones de progreso y evolución las cosas marcharon bien. Pero nos gusta el progreso en cuanto nos presenta nuestra propia época como culminación de las anteriores. En cuanto nos enseña su segunda faz, por la cual todo lo que hacemos y pensamos es simplemente un paso hacia las realizaciones de otros, en cuanto nos muestra que estamos nosotros también “entre las sombras del mañana”, ya sentimos menos satisfacción. Los sistemas, doctrinas y fervores ideológicos se mantienen, precisamente, sobre el supuesto de su significación definitiva y excluyente; de otro modo nadie se sentiría con fuerzas para la lucha. He aquí el extraño problema del hombre moderno, sentido ya aun en los planos menores de la cultura.

Ciertamente, aun cuando lo haya sentido, el hombre medio no ha llegado a la formulación clara del problema, que el filósofo alcanzó hace dos generaciones. Estamos recién entrando al instante que precede a lo que será —si no me equivoco— una verdadera revolución espiritual. Es apenas el momento de los vagos gestos de sospecha; de las dudas prontamente acalladas por las exigencias de la vida práctica. Pero aun así, en tan incipiente estado, basta ello para explicarnos el enorme desasosiego de la vida intelectual contemporánea, las versatilidades de la opinión en todos los sectores sociales, la inestabilidad de los cuadros doctrinarios, el divisionismo, realmente fabuloso, que priva en todos los órdenes ideológicos.

Y alcanza sobradamente para explicarnos los rigores coactivos de la política estatal que oprimieron en nuestra época más de la mitad de Europa. Una doctrina “sólida”, una ortodoxia, un “ismo” absoluto y universal sólo puede mantenerse hoy con el auxilio de la policía secreta, el aislamiento cultural y el acondicionamiento de la educación.

He hablado de revolución espiritual porque el germen de esta nueva visión existe universalmente. Sus efectos sociales serán parecidos a los del derrocamiento del sistema geocéntrico en astronomía; a la sustitución del orbe plano e inmóvil, por la esfera giratoria que no sostiene ya ningún empuje. Y concurren a robustecerla no sólo la conciencia histórica, de la cual he venido hablando, sino también otros dos grandes factores: la conciencia ecuménica y el instituto de la crítica.

La conciencia ecuménica es un hecho nuevo. Vivimos no sólo en un mundo cien veces menor que el de nuestros bisabuelos, sino en un constante adiestramiento ecuménico que abarca la geografía física, política y económica. Nos emparentamos con las cuestiones y puntos de vista de otros pueblos. Hasta hace poco las imágenes eran sólo dialécticas; mientras que hoy son visibles y audibles a través del cine y de la radio. Conocemos

otras culturas, otros modos de ser que se dan simultáneamente en el orbe; realizamos así la historia en su proyección espacial y presente. La generalidad de las personas tienen oportunidad de enterarse por cien conductos diferentes, cómo son, de qué manera viven, piensan, se equivocan y sueñan los habitantes de todas las regiones del orbe. Hace cien años, este era asunto de explorador profesional o de erudito; hace cincuenta años era todavía privilegio de gentes cultas y adineradas que hubiesen viajado mucho.

El tercer factor —el instituto de la crítica— es de índole más sutil. La facultad de criticar y los medios de hacerlo se han venido acentuando desde los últimos siglos de un modo realmente formidable; su avance es sólo comparable al de la ciencia positiva. Es hoy como un frío sistema de revisión que no perdona defecto ni deja escapar limitaciones. A la filosofía le ha hecho la vida casi imposible; apenas surgido un sistema ya se han anotado con tanta nitidez sus imperfecciones, que sólo cabe pensar en otros sistemas que lo complementen o superen. Las doctrinas económicas y los planes sociales no corren mejor suerte. Las tres cuartas partes de la vida intelectual —y acaso me quedo muy corto— consisten en crítica y refutación.

El instrumento social inmediato de la crítica es la prensa y no será necesario insistir sobre el papel fundamental que hoy desempeña, no sólo por el desarrollo gigantesco de sus órganos, sino por la *puntualidad* con que encabeza el expediente de la opinión pública cada 24 horas exactamente. Sobreviene con la precisión de un fenómeno meteorológico.

Aparte de los que se refieren a sus propios objetivos, la crítica produce dos efectos sociales de la más alta importancia. Primero, han habituado a la gente a mirar adentro, hacia atrás, hacia las bambalinas, de sistemas, discursos, proposiciones, etc. Esta actitud de investigación contrasta mucho con la de antaño, en la que predominaba un tradicional respeto hacia las carátulas, los estilos, las presentaciones. Por más elemental, por más germinal que sea tal actitud, plantea ya sus graves exigencias. El segundo efecto que deseo señalar emana del ejercicio de la crítica misma. Animado por el espectáculo de tanta crítica, bien pronto se atreve el hombre a ejercerla por su cuenta, y queda casi siempre asombrado de la facilidad con que lo logra. Las más sólidas estructuras ofrecen puntos vulnerables, preguntas incontestables. La dura faena de los otros, o bien las más celebradas aceptaciones tradicionales, resultan en verdad campo fácil para requerimientos y preguntas que nadie puede satisfacer. No será

necesario subrayar la directa relación de ambos efectos en lo que respecta al tema aquí estudiado.

III

Hasta ahora he mostrado las fases racionales —por así decirlo— de este proceso en germen. Empero, falta revisar todavía otras que se refieren a la psique entera del individuo y del grupo social. Veámoslas brevemente, que su descripción completa sería material de un libro bastante voluminoso.

Ya se sabe hoy aproximadamente —y es cosa que, por inmediata, el hombre demoró precisamente en tomar en cuenta— que estamos influidos o determinados por la época, el clima, la economía, la educación, la comarca. Obran estos factores no sólo sobre los grandes sistemas y los estilos de una cultura, sino también en la propia intimidad de nuestros juicios corrientes.

Además, al repertorio de los factores étnicos, geográficos, económicos, que trataron hasta el agotamiento los sociólogos de la generación de Marx, Ratzel, Demolins o Buckle, se ha agregado hoy otro de índole inquietante por su profundidad. Son los de tipo biológico, bio-psíquico, y los que corresponden a lo que se llama el micro-clima personal. Lentamente ha penetrado el conocimiento de estos factores a la esfera del dominio público. Está ya en boca de muchos que nuestras ideas, actitudes y sentimientos corresponden al tipo biológico y glandular; al sexo, la edad, la alimentación, el trabajo, el complejo familiar, etc.

Son estos los temas que tanta boga, tanta resonancia social dieron a Spranger, Marañón, Carrell. La psique aparece ahora formando parte de una compleja organización, de una apretada sociedad anónima donde están representados la sangre, las hormonas, los recuerdos de la infancia, los factores genéticos, las experiencias sexuales, el régimen alimenticio, etc. Abundan ya las biografías y los ensayos socio-psicológicos donde se interpretan personas y épocas a través de estos complejos.

Y bien, si al considerar el desfile de imágenes históricas y sociales se llegó a considerar utópico todo intento de establecer una metafísica definitiva, al sumarse a la lista de determinantes este segundo contingente bio-psíquico, los sistemas y las ideas comienzan a parecer, sencillamente, cosa de broma al intelecto desprevenido. Hemos experimentando, por ejemplo, que a la fase de indicación puberal corresponden estados aními-

cos específicos, con sus correspondientes ideas y juicios; sabemos muy bien que a los 40 años no se piensa y juzga como a los 25. ¿Qué valor tendrá a los 60 años lo que aceptamos hoy? La misma reflexión cabe respecto a todos los otros factores: no nos podemos salir de la época, de su particular cuestionario, de su modo de plantear las cosas, etc., etc.

Hasta ahora el hombre había aplicado tales nociones para explicarse los juicios y tendencias de los demás, especialmente de los personajes del pasado. “Aquellos pueblos pensaban así porque pertenecían a un medio pastoril primitivo”; “La obra de Fulano es típica del estado mental de postguerra”; “Ese joven ha adoptado ideologías extremistas porque tiene 20 años, ya cambiará”, y miles de conceptos por el estilo subrayan esa actitud.

Pero ahora tenemos que admitir —es una sinceridad irrenunciable— que también nuestro código personal de opiniones, creencias, anhelos y repulsiones ofrece al investigador ajeno, absolutamente los mismos motivos. Todo eso —clima, economía, experiencia histórica, sexo, edad, costumbres, herencia, ambiente comarcano y familiar, etc.— que yo puedo ver obrando sobre los demás, pueden los demás verlo en mí.

Con semejante cuadro a la vista ¿qué son, qué valen, qué significan las ideas, doctrinas, juicios y creencias? Debo ser breve: son fases de una expresión vital, para decirlo en el lenguaje que Dilthey adoptó al interpretar los sistemas metafísicos. Todas se justifican humanamente... que es la mejor manera de descalificarlas como tales ideas, credos o doctrinas. Nada peor para el pensamiento que llegar a semejante hallazgo. ¿A quién le gustará filosofar o luchar sobre semejante supuesto? ¿Cómo mantener convicciones e ideales si se nos quita previamente toda noción de estabilidad y arribo?

IV

La meditación profana y desprevenida de estos conceptos de influencias y determinaciones externas e internas conducen rápidamente, ocioso es advertirlo, al escepticismo o al nihilismo. Incluso los cínicos más famosos de la antigüedad palidecerían junto a la tremenda tacha de solipsismo que vendría a abarcar todo cuanto el hombre piensa, sueña y quiere. No sería posible ningún esfuerzo sistemático ni metódico a sabiendas de que estamos meramente conjugando las determinaciones de la tierra, el

tiempo y la fisiología.¹ *Y esto es precisamente lo que el filósofo, el sociólogo y el educador deben prevenir desde ahora.*

Las soluciones inmediatas, primarias, que enunciare sin describirlas por razones de espacio, son a mi juicio tres, y ninguna de ella toca el fondo inmenso de la cuestión: 1º El escepticismo tolerante, la aceptación benévola e indiferente de ideas y valores, la despreocupada neutralidad frente a todas las ideas y situaciones; la integración bizantina o ecléctica, vista ya tantas veces en la historia y otras tantas fracasada; 2º) el pragmatismo, el "forzar la creencia", el imponernos un programa y normas a pesar de todo; 3º) la solución diltheyana, el filosofar o actuar a sabiendas de la imposibilidad de lograr una representación final; conformarnos y aceptar todo sistema como "el mundo visto a través de un temperamento".

Creo que tenemos que trepar más alto si aspiramos a que la incipiente revolución espiritual no se rinda a la primera emboscada que el pirronismo y el problematismo han de plantearle sin duda.

En primer lugar hemos de hacer hincapié en la importancia enorme que tiene, por encima de estas cuestiones, *el haber llegado a formularlas*. No podría pedirse una fidelidad más a prueba, del hombre hacia su viejo propósito de lograr el conocimiento, aunque, una vez más desde Kant, este grueso capítulo crítico gire contra sus propios esfuerzos y seguridades. El hombre, una y otra vez, ha demostrado que es *el que quiere saber*, y en esta decisión no se detiene ni ante sí mismo.

En segundo término hemos de comprender lo que este conocimiento tiene de *liberador*. Sé que estoy sometido a una serie de factores y corrientes determinantes. Ahora bien, de todos los seres vivientes, es el hombre el único capaz de criticar y de criticarse. Estudia el medio y se estudia a sí mismo. En esta esencia dual está el sentido mismo de la vida humana, inserta verticalmente sobre los grandes planos de la naturaleza. No puedo sustraerme a aquellos factores, pero puedo comportarme críticamente ante la situación y superarla en algunos de sus aspectos. Como he escrito antes "poder criticarse a sí mismo es la fuente de la filosofía y la moral; poder sustraerse a la determinación del medio físico y reoperar

1 Yo mismo al formular hace tiempo las primeras observaciones, hube de afrontar un pesimismo preliminar del que juzgo pedagógico ofrecer muestra textual: "Vamos a personas entusiasmadas por un programa o una idea y de pronto nos da frío recordar que si los episodios y circunstancias de su vida hubieran sido otros, lucharían por un programa diferente. Y nos da frío porque sabemos que nosotros estamos en la misma situación... Es trágica la conciencia de estos hechos y la imposibilidad de superarlos..."

sobre él es la base de las ciencias aplicadas; poder desdoblarse ante los fondos del tiempo y del espacio es la matriz de las ciencias puras; poder considerar el propio intelecto como objeto es la vena de la psicología y así sucesivamente". Ahora bien, en este proceso colabora actualmente la época entera; eso es precisamente "cultura". De esa colaboración universal de pensamiento y esfuerzo ha surgido la ciencia, cuyas conquistas bastan para frenar cualquier exceso de relativismo. Cuando el pensamiento se hace social —como ya lo quería Platón— todas las determinaciones del tiempo, la tierra y la sangre se compensan, atenúan o anulan.

En tercer término me parece muy importante señalar que el hombre, en su aspecto de creador, se encuentra harto más libre y desligado que como criatura. Las grandes creaciones del arte antiguo y moderno ofrecen el sello claro de algo que no pertenece a ninguna época o que pertenece a todas, aunque además de ese algo ofrezca otra serie de expresiones que sí pertenecen a una época y sólo a ella. El impulso creador es como un fuego que arde en los materiales de la época, la raza y el clima, pero que no es esos materiales. Y me atrevo a afirmar que exactamente lo mismo sucede en cuanto a los impulsos generosos, las grandes decisiones, los sentimientos superiores, los pensamientos que de pronto parecen iluminar la esencia de las cosas, y que los hombres siguen experimentando hoy como ayer.

Consecuentemente, hemos de observar la continuidad del plasma ideológico en la raza humana, tan evidente en ciencia, arte y filosofía a través de toda la historia, como las mudanzas y contradicciones que la misma historia nos ofrece en los que respecta a dogma, creencia, sistema.

Sobre estos entendidos podemos afrontar la situación con confianza. El conocimiento de las determinaciones individuales y sociales dará al hombre un radio de comprensión hasta ahora desconocido. Sabrá afectar y disminuir, ciertamente, algunas fases de su vida racional y efectiva. Pero son justamente las fases superficiales; las creencias y propósitos admitidos al azar de las circunstancias; las aceptaciones por mera reacción pasional; las fantasías e ilusiones; los dogmatismos *a outrance*. Las zonas íntimas del espíritu, por el contrario, se verán aligerados por este nuevo desdoblamiento. Los grandes organismos de cultura, los institutos donde la investigación es ya faena colectiva, social, gozarán también de una nueva liberación, de una indeterminación respecto a factores que, como la raza, el clima, la tierra, actuaban antaño dura y decisivamente. Podrá una vez más la ciencia, el pensamiento mismo, reoperar sobre factores primitivamente

considerados incoercibles. La nueva sociología ya no nos dirá sólo cómo influyen aquellos factores sobre el hombre, sino cómo el hombre interviene a su vez sobre ellos.

Se bien cuánto he omitido; cuánto dejé apenas enunciado en este inmenso tema. Pero se trata de promover la discusión y no de darla por terminada; ni siquiera pretendo haber alcanzado plenamente cualquiera de sus fases. Por eso, desde ahora, me agradecería oír la palabra de otros investigadores sobre este asunto que atañe fundamentalmente a nuestra época.